

23ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN LUCAS 14,25-33.

En aquel tiempo, mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo:
-Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?
No sea que si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, diciendo: «Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar.»
¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil?
Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz.
Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío.

SEGUIRLE, VICTORIA SEGURA

El Evangelio de este domingo nos presenta la cuestión del «**seguimiento a Jesús**». «**Tomar la decisión**» de seguirle no es algo fácil pero es una decisión que nos conduce a espacios de felicidad. Seguir a Jesús «**ordena nuestra vida conforme al amor de Dios**», según los planes de Dios; en definitiva, orienta nuestra vida conforme a su manual de instrucciones, pues «**no todo vale en la vida**».

Sin embargo resulta paradójico que este seguimiento «**no sea alcanzable solo con el esfuerzo humano**», a fuerza de voluntad. Y es que «**nuestro pensamiento está condicionado por el cuerpo y lo terrenal**». La realidad es que «**humanamente somos limitados y necesitamos de la fuerza que viene de lo alto**», la fuerza del «**Espíritu Santo**» en el que Dios se nos revela, nos habla de forma cercana y nos proporciona «**sabiduría**» para la vida. Una sabiduría que no es erudición, sino «**camino de gozo y de vida**».

«**La sabiduría de Dios es un don necesario y valioso**» pero también es una «**opción de vida**» que requiere de un «**discernimiento de nuestro compromiso religioso, moral y social**» con la Iglesia de Cristo. Apostar por Jesús implica «**renunciar**» a todo aquello que se opone a su Evangelio y esto pasa por «**una batalla interior**». No obstante, lo importante es que «**nos conduce a la amistad con Cristo que es paz profunda y luz imperecedera**».

Frente a la fragilidad y la brevedad de la vida humana, «**Dios es nuestro refugio permanente y seguro**», «**la misericordia de Dios perdura por siempre**». Por ello, Jesús nos invita a «**confiar**» en el amor de Dios y a buscar en Él la fortaleza para vivir con sentido y esperanza, especialmente en los momentos de mayor dificultad. Para el creyente Dios es «**el ancla firme que sostiene nuestra vida y esto nos llena de paz y alegría, gozo y felicidad**».

En la carta de S. Pablo se nos muestra cómo «**el amor cristiano transforma las relaciones humanas**». Onésimo, antes esclavo y ahora hermano en Cristo, es un signo vivo de la reconciliación que Jesús lleva a cabo en nuestras vidas. Pablo no solo pide a Filemón que reciba con cariño a quien ha sido su siervo esclavo, sino que lo considere como a un igual, como a un hermano querido. Una actitud que nos invita, como cristianos, a ser parte de una comunidad basada en «**el respeto y la igualdad en dignidad**», donde las barreras culturales se disuelven en «**el amor de Dios**».

La fe no solo transforma el corazón sino toda nuestra vida moral, según el ideal del Evangelio. Jesús, a través de su Espíritu, renueva nuestras actitudes y relaciones y «**nuestro mundo interior termina aflorando al exterior**».

«**Quien no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío**», dice el Evangelio. Jesús describe la vida de sus discípulos con dos comparaciones: como una torre que hay que construir o como una batalla que hay que librar

«**Torre que edificar**». Una torre representa algo sólido, visible y que perdura. Así, «**el discipulado es una construcción que lleva tiempo y esfuerzo**». No se hace de la noche a la mañana. Igual que el arquitecto calcula los costes antes de poner el primer ladrillo, el discípulo se debe preguntar: «**¿Estoy dispuesto a poner a Cristo por encima de todo?**» «**¿Acepto que esta decisión comprometa toda mi vida?**» La «**gloria**» está en ver la torre erguida, firme en medio del mundo, la «**cruz**» en asumir el trabajo paciente y la renuncia que supone superarse a uno mismo, en medio de retos y dificultades.

«**Batalla que librar**». El seguimiento de Jesús es también «**una lucha espiritual, contra aquello que nos aparta de Él**», el egoísmo, la comodidad, la tentación de abandonar el barco que es la Iglesia. Como un rey que evalúa sus fuerzas antes de ir a la guerra, el discípulo ha de «**discernir si está dispuesto a entrar en esta batalla**». Y aunque «**la victoria esté asegurada, la batalla hay que darla siguiendo el camino de la fe**». La «**gloria**» está en luchar del lado de Cristo, el Señor de la victoria y la «**cruz**», en enfrentar la dureza del combate, en medio de la noche.



No obstante, el éxito que promete Jesús «**no se da según los criterios del mundo**». Desde fuera, el discipulado «**puede parecer una derrota**», un fracaso a priori, perder bienes, estatus de vida o incluso la vida misma. Pero, «**según la lógica del Evangelio, la victoria está asegurada**», porque el Maestro ya ha vencido al pecado y a la muerte, los enemigos de Dios. La condición para nuestro éxito no es otra que «**perseverar en la santidad y abrazar la cruz que nos viene del seguimiento de Cristo**».

En definitiva, la gloria del discípulo está en «**participar de la vida y la misión de Jesús**» aunque ello implique «**renunciar a todo lo que impida esa comunión**». Quien acepta ambas dimensiones, «**luz y cruz**», edifica la torre y libra la batalla definitiva, «**con la certeza de que la victoria ya es nuestra, incluso por adelantado**». ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

7 de septiembre de 2025